

HACER LA GUERRA EN TIEMPOS DE REFORMA: JUAN JOSÉ DE VÉRTIZ Y LA ORGANIZACIÓN DE LA EXPEDICIÓN A RIO GRANDE (1773)¹

**Making war in times of the Reform:
Juan José de Vértiz and the organization
of the expedition to Rio Grande (1773)**

**María Belén Cherubini
Universitat Pompeu Fabra, España**

Resumen: Este artículo analiza desde un nuevo enfoque la expedición que Juan José de Vértiz comandó contra la avanzada portuguesa en la frontera de Río Grande a finales de 1773. El objetivo es estudiar su organización puesta en el contexto de las reformas borbónicas y la reestructuración del aparato militar rioplatense, que en los hechos fue y funcionó de modo muy distinto a lo planificado. Este análisis profundiza sobre algunos ejes centrales de este proceso, y la forma en que fue encarado por las autoridades locales. En conclusión, se observa que la creación del Virreinato del Río de la Plata en 1776 respondió en gran medida a los desafíos de la reforma militar, y de un proceso de militarización de raíces mucho más profundas y complejas de las tradicionalmente consideradas.

Palabras clave: ejército, milicias, militarización, reformas borbónicas, Río de la Plata, Río Grande, Vértiz.

Abstract: This paper analyses the expedition against the Portuguese advance party commanded by Juan José de Vértiz in the border of Río Grande at the end of 1773 taking a different approach. The purpose is to examine its organization in the context of the Bourbon Reforms and the restructuring of the River Plate military apparatus which, in fact, was and worked in a very dissimilar manner from planned. This analysis delves into some focal points of this process and the way in which it was handled by the local authorities. It is concluded that the creation of the Viceroyalty of Rio de la Plata in 1776 was, to a great extent, a response to the challenges encountered in the military reform and to a militarization process with deeper and more complex roots than the ones traditionally thought about.

1. Agradezco a Raúl Fradkin, Gabriel Di Meglio y Claudia Contento sus valiosos aportes en la revisión y corrección de este artículo.

Keywords: Army, militias, militarization, Bourbon Reforms, River Plate, Rio Grande, Vértiz.

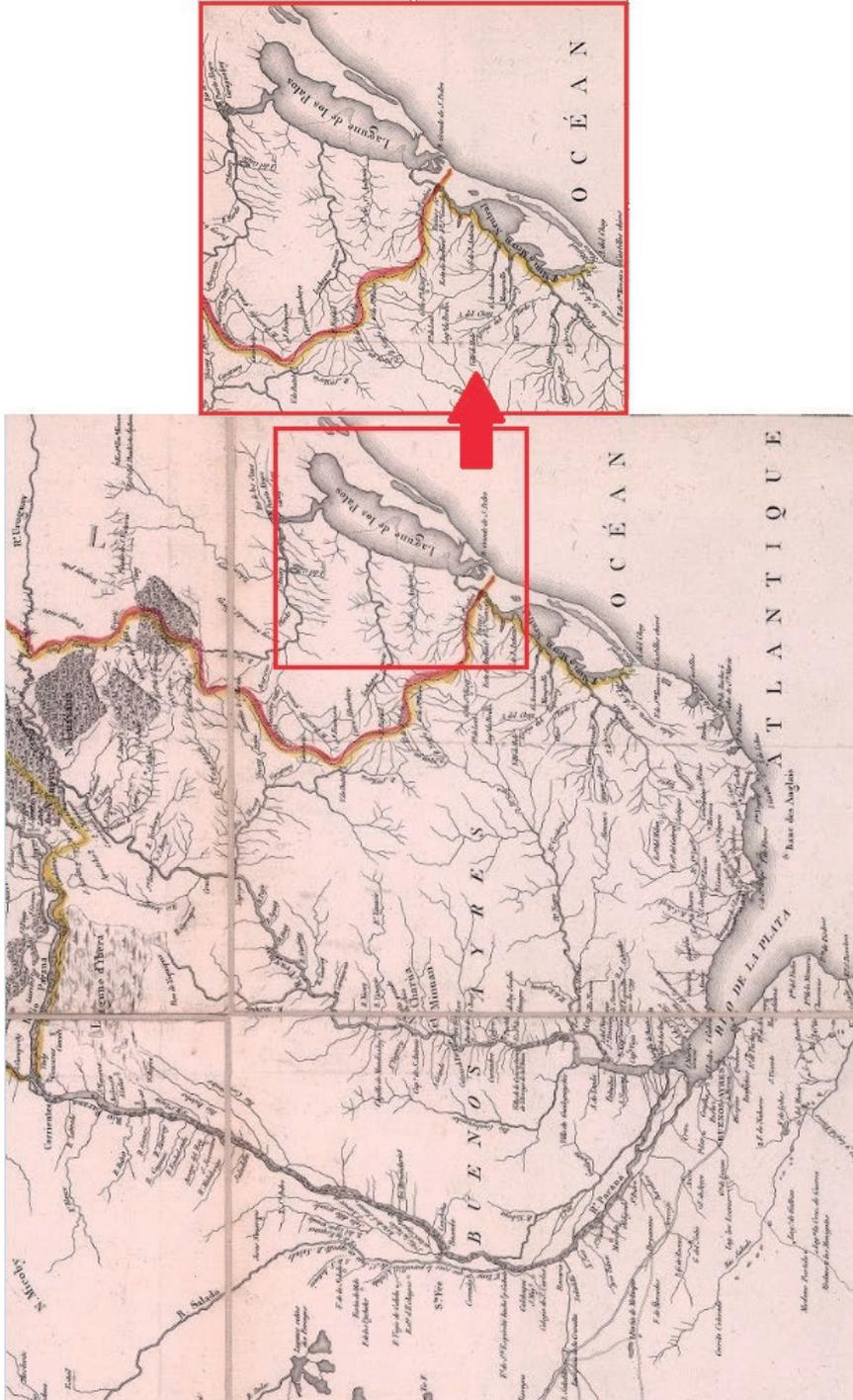
1. Introducción

En 1776 Carlos III decidió desmembrar del Virreinato del Perú en varias gobernaciones y corregimientos y crear una nueva jurisdicción virreinal con cabecera en Buenos Aires. El incipiente Virreinato del Río de la Plata fue erigido con autonomía en materia política, administrativa y fiscal, por lo que tenía competencia sobre las codiciadas cajas altoperuanas y la plata potosina. Al frente del nuevo Gobierno fue designado Pedro de Cevallos, que llegó a comandar una impresionante expedición militar de 10.000 hombres destinada a poner coto al avance portugués en jurisdicción técnicamente española desde el sur del actual Brasil. Una vez cumplida su tarea, Cevallos regresó a España y cedió el mando del Río de la Plata a Juan José de Vértiz en 1778.

El nuevo titular del Virreinato ya era conocido en la región, pues había sido gobernador de Buenos Aires entre 1770 y 1776. Al igual que su antecesor, debió contener la avanzada portuguesa en la jurisdicción de su mando. Fue por eso que el 7 de noviembre de 1773 partió desde Montevideo encabezando un destacamento de 1.014 hombres con rumbo a la región occidental de la Laguna de los Patos (actual Brasil), conocida entonces como Río Grande (figura 1), para evacuar por la fuerza los territorios ocupados por los lusitanos y proteger algunos de los puntos fronterizos más amenazados. Sin embargo, a diferencia de otros casos, poco es lo que se sabe hasta el momento de esta campaña, antecedente inmediato de la gran expedición de 1776 y de la simultánea creación del Virreinato del Río de la Plata.

Gracias a algunos trabajos que hacen mención de este episodio (Beverina, 1992: 135-137; Rico Bodelon, 2013: 202-204; Birolo, 2015: 170-171) y a la consulta de algunas fuentes editadas (Archivo General de la Nación de Argentina, en adelante AGN, 1941) se percibe la construcción de un relato *estándar* de los hechos. El mismo puede resumirse en estos términos: Vértiz logró desalojar a las guardias portuguesas establecidas en las inmediaciones de los ríos Piquiri y Tabatingal, pero también perdió el puesto ubicado a orillas del Bacacay Mini, al igual que las partidas de milicias guaraníes y correntinas que debían reforzar su tropa. Como parte de dicha operación, el gobernador mandó levantar un fuerte en las Taperas de Santa Tecla, a fin de evitar los sistemáticos robos de ganado. No obstante, la ocupación del territorio fue efímera, pues los lusitanos recibieron refuerzos, volvieron a penetrar en dicha región y destruyeron el fuerte de Santa Tecla, en 1775. En consecuencia, la imagen extendida sobre esta campaña no ha trascendido de una crónica de los acontecimientos, por lo que ha quedado pendiente su estudio a partir de un análisis empírico de mayor profundidad que explique cómo y bajo qué circunstancias fue organizada y llevada a cabo. El interés al respecto radica en que la misma se desarrolló en plena implementación de las reformas borbónicas, pocos años antes de crearse el nuevo Virreinato. Asimismo, fue el primer operativo militar encarado por las tropas rioplatenses

Figura 1. «Carte generale du Paraguay et de la province de Buenos-Ayres». Detalle: Río Grande (Laguna de los Patos)



Fuente: Félix de Azara, 1809: III.

tras una fuerte reestructuración implementada por Cevallos en 1762, y que Vértiz profundizó a comienzos de la década de 1770. La relevancia del contexto es notable, aunque escasean los trabajos en los que se profundiza al respecto.

En general, esta campaña ha sido considerada por la historiografía argentina como una operación de bajo impacto y relevancia, con exiguos resultados. Los historiadores brasileños, por su parte, se han interesado más por el estudio de la región riograndense en el período posterior a la firma del Tratado de San Idelfonso (1777). A esto se suma el hecho de que el interés por la militarización revolucionaria generado por Tulio Halperín Donghi (1968) se reflejó posteriormente en una interpretación que situó las invasiones inglesas de inicios del siglo XIX como la principal causa y origen de la movilización masiva de tropas en el Río de la Plata, sin considerar el fuerte proceso de militarización desarrollado durante la segunda mitad del siglo XVIII, asociado principalmente a los conflictos con los portugueses (Birolo, 2015; 17-18). Un proceso que fue complejo, heterogéneo y discontinuo, pues en realidad alternó coyunturas o episodios de fuerte movilización militar, con otros de menor presión enroladora.

Como se ha señalado, el interés principal de esta expedición radica en el contexto en que es organizada y llevada a cabo. Si bien el principio de alistamiento masivo venía aplicándose desde 1762, esta fue la primera operación emprendida por el aparato militar rioplatense tras los primeros intentos de aplicación de la reforma militar en aquella región; es decir, la reestructuración de los regimientos veteranos y milicianos, y la transformación de estos últimos en cuerpos *provinciales* y *disciplinados*. Un aparato militar que, visto en acción y a contraluz de las transformaciones que se intentaba aplicar sobre él, estaba lejos de alcanzar un nivel de desarrollo, organización y funcionamiento ideal (es decir, en coherencia con lo proyectado), y se mantuvo en constante reestructuración en el marco de un proceso extenso y discontinuo que siguió desarrollándose en el siglo XIX.

En consecuencia, el análisis de esta campaña no puede limitarse a la mera dimensión de la batalla y debe contemplar la actividad bélica en un sentido más amplio, considerando factores cruciales como la movilización de personas y recursos que se realizaba en torno a ella. Solo así es posible comprender la relación intrínseca entre el modo de hacer la guerra, el modelo de organización política y la administración de los recursos fiscales. Por lo tanto, analizar esta expedición en particular es de sumo interés, pues el estudio del funcionamiento del dispositivo militar rioplatense puesto en marcha en aquel contexto permite penetrar en una coyuntura extraordinaria y observarla *a ras de suelo*, para entender las posibilidades de acción y la capacidad de ejecución de la administración colonial borbónica en el marco de un fuerte proceso de reforma, y en un momento en el que los viejos modelos de organización militar y los nuevos que intentan imponerse coexistían y se solapaban permanentemente. Asimismo, esa transformación también respondía a los cambios del contexto internacional durante el siglo XVIII, cuando el eje defensivo Buenos Aires — Montevideo se convirtió en un enclave estratégico de primer orden.

Lejos de intentar valorar el impacto y los alcances de esta campaña, el objetivo principal de este trabajo es analizar cómo y bajo qué condiciones era po-

sible desarrollar una empresa de estas características en dicho contexto. Este enfoque permitirá indagar sobre el funcionamiento del dispositivo militar rioplatense en el marco de un contexto particular y altamente significativo. Es decir, un momento en el que la Gobernación de Buenos Aires todavía dependía mayoritariamente del situado potosino y contaba con escasos recursos fiscales propios, padecía de un faltante sistemático de tropas veteranas, había perdido la capacidad de movilizar a los indios guaraníes de las Misiones para defender la frontera con Portugal, y en el que la población rioplatense (y en general con bastante resistencia) experimentaba los efectos del principio de alistamiento masivo con que se intentaban compensar las necesidades defensivas de la región.

Este trabajo incorpora fuentes inéditas al estudio de este episodio bélico, localizadas en el AGN. Dentro de los diversos legajos consultados se ha encontrado valiosa información sobre los conflictos territoriales con los portugueses y esta expedición en particular (correspondencia, informes y el propio extracto de las operaciones). También se ha podido consultar la correspondencia intercambiada entre Vértiz y Julián de Arriaga (secretario de Estado de Marina e Indias), al igual que otras comunicaciones de ámbito regional. Asimismo, se conservan las Listas de Revista del Regimiento de Dragones durante el desarrollo de esta campaña. Es imposible abarcar toda la información hallada, pero su análisis es fundamental para analizar esta campaña desde una nueva perspectiva.

En conclusión, el análisis propuesto permitirá apreciar al menos tres cosas: la primera, que en la Gobernación de Buenos Aires no era posible hacer la guerra sin movilizar a gran parte de la población en el marco de alguna organización miliciana, especialmente después del declive de las partidas guaraníes; la segunda, que para que ese aparato militar funcionara era imprescindible absorber una enorme cantidad de recursos fiscales provenientes de las principales cajas de la región, posteriormente integradas al nuevo virreinato; y la tercera, que ese *aparato* militar era el reflejo de la sociedad que lo encarnaba, que reprodujo en él no solo sus prácticas, particularidades y tensiones, sino también su propia resistencia al proceso de reforma impulsado desde la península ibérica. Lo que explica en gran medida por qué ese *aparato* no se parecía a lo que habían planificado las autoridades coloniales, ni funcionaba precisamente del modo que estas esperaban.

2. A modo de contexto: la avanzada portuguesa en el Río de la Plata

Durante más de un siglo y medio, España implementó en sus colonias americanas un sistema defensivo planteado en torno a unidades veteranas *fijas* de origen peninsular, enviadas desde la metrópoli en forma temporal y rotativa, complementadas en caso de emergencia con las milicias urbanas locales. Sin embargo, el cambio en las condiciones que hicieron de este sistema un medio eficiente de defensa forzó la revisión y reforma del mismo a lo largo del siglo XVIII (Albi, 1987; Marchena Fernández, 1992). Esta necesidad de concebir la defensa de las Indias desde un nuevo paradigma de *defensa total* planteó problemas extraordi-

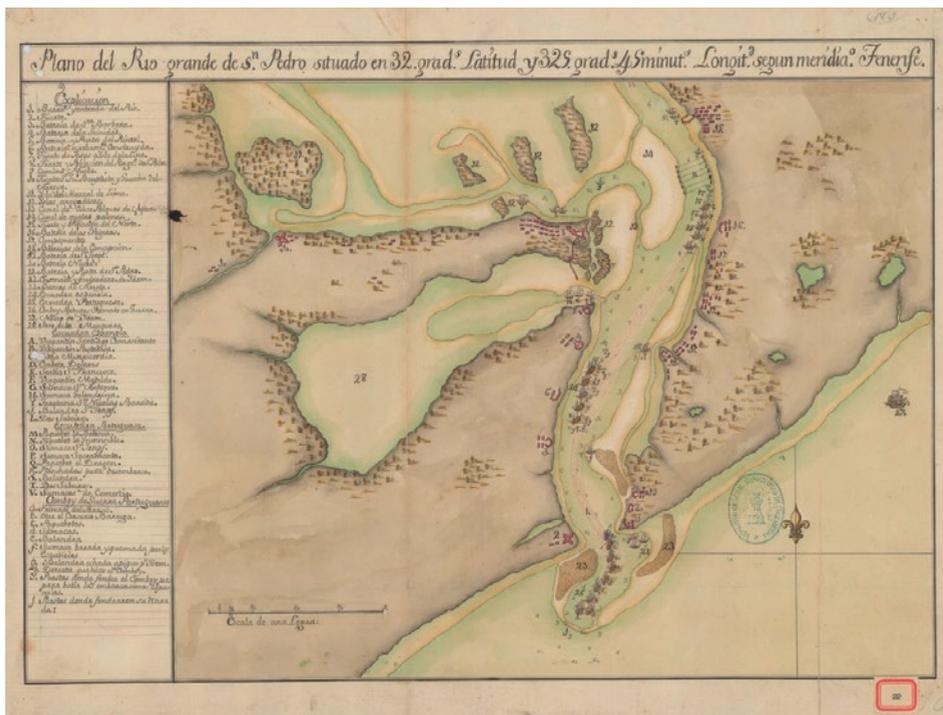
nariamente complejos para un imperio con enormes dificultades para proyectar su poder a tanta distancia y sobre un territorio tan extenso.

En ese contexto el Río de la Plata —tras la firma del Tratado de Utrecht y tras la guerra de los Siete Años— se situó en el mapa geopolítico internacional como un espacio cada vez más codiciado. A los cambios de coyuntura se sumaba su histórica ubicación estratégica. Sus costas, mucho más cercanas, accesibles y desguarnecidas que las peruanas, lo hacían un escenario inmejorable para el contrabando. Asimismo, era una vía de penetración hacia el Alto Perú y sus riquezas. De este modo, al finalizar la primera mitad del siglo XVIII el contrabando británico ya estaba emplazado en todas las rutas que podían conducirle al sur del continente americano; y contaba también con la colaboración de Portugal y su base estratégica en Colonia del Sacramento (Gil Munilla, 1949). De hecho, fue la avanzada portuguesa en el Río de la Plata, mucho antes que la británica, la que motivó el proceso inicial de reforma del aparato defensivo-militar de la región.

La fundación de Colonia en 1680 inició un largo camino de ocupación mediante la política del hecho consumado (Marchena Fernández, 2009) y significó una provocación inadmisibles para los vecinos de las Gobernaciones de Paraguay y Buenos Aires, así como para los guaraníes de las misiones jesuíticas, que veían la región amenazada (Quarleri, 2009: 96-97). No faltaron intentos por parte de las autoridades de Buenos Aires (todavía parte del Virreinato del Perú) de expulsar a los lusitanos de dicha plaza. Los sucesivos gobernadores *portteños* llevaron adelante numerosas tentativas para desalojar a los portugueses del Río de la Plata, materializadas en las expediciones que José de Garro, Ildelfonso de Valdés e Inclán, Miguel de Salcedo y Pedro de Cevallos comandaron en 1680, 1704, 1737 y 1762, respectivamente (Marchena Fernández, 2009; Birolo, 2015). Lo cierto es que, pese a los esfuerzos realizados por la población local y los indios guaraníes, Colonia fue restituida sistemáticamente tras cada una de estas campañas. La situación política en Europa —marcada por los resultados de la guerra de Restauración Portuguesa, la guerra de Sucesión Española y la guerra de los Siete Años— forzó a Carlos II, Felipe V y Carlos III a devolver sucesivamente la plaza conquistada por las armas americanas a la Corona portuguesa.

Lejos de limitar sus aspiraciones a dicha plaza, los lusitanos intentaron consolidar sus avances en la banda oriental del río Uruguay y establecieron a finales de 1723 una fortificación en la península y cerro de Montevideo. Ante esta nueva amenaza, el gobernador Bruno Mauricio de Zabala movilizó una expedición que los obligó a abandonar la guarnición, y dispuso la construcción de una batería en aquel punto. El proceso de fortificación del nuevo enclave fue acompañado de la fundación de San Felipe y Santiago de Montevideo, el 24 de diciembre de 1726 (Marchena Fernández, 2009: 69). Tras el intento fallido de los lusitanos por recuperar la plaza en 1736, la ocupación española del nuevo emplazamiento se vio consolidada. En 1751 Fernando VI estableció allí un nuevo gobierno político y militar, decisión directamente relacionada con la implementación de la política neutral que aplicó en la región y en relación con el Imperio portugués.

Figura 2. Plano de Río Grande de San Pedro.



Fuente: Archivo General Militar de Madrid (S/R).

En ese sentido, el monarca encargó la gestión de un tratado que normalizara el vínculo con la Corona portuguesa, lo que incluía lo referente a los problemas limítrofes en el Río de la Plata. En consecuencia, en 1750 se firmó el Tratado de Madrid, también conocido como Tratado de Permuta dado que acordaba el intercambio de Colonia del Sacramento por el territorio de los pueblos guaraníes ubicados al oriente del río Uruguay. No obstante, el acuerdo tuvo una aplicación muy dificultosa, especialmente por la resistencia de los 30.000 guaraníes que, según las cláusulas del tratado, debían ser trasladados y reubicados dentro de la nueva demarcación española. El resultado de esta oposición fue la feroz *guerra Guaranítica* (1754-1756), que resultó en una enorme matanza que redujo la población guaraní casi a la mitad (Quarleri, 2009: 280-281). El enorme derramamiento de sangre fue en vano, pues el acuerdo finalmente fue anulado a comienzos del reinado de Carlos III mediante la firma del Tratado del Pardo (1761).

Mientras discurrían todos estos vaivenes, los portugueses avanzaban progresiva y persistentemente en su propósito de ganar territorio sobre jurisdicción española. Tras el fracaso en recuperar Montevideo en 1736, el gobernador de Río de Janeiro Gomes Freire de Andrada cambió de estrategia y decidió invadir la región de Río Grande (figura 2). La empresa fue encomendada al general José de

Silva Páez, que ocupó sin dificultad la región y fundó el presidio de Río Grande de San Pedro, el 17 de febrero de 1737, en la desembocadura del río San Pedro. Del mismo modo, erigió el fuerte Jesús, María, José de Río Grande, en la margen derecha de la barra del Río Grande. Este fue el comienzo de una colonización gradual de la tierra en la que se combinaron las acciones del Estado con el movimiento espontáneo de población, de manera que se establecieron numerosas estancias en la región ocupada (Quarleri, 2009: 95-96).

3. Pedro de Cevallos y el primer intento de reforma miliciana

Tras la muerte de Fernando VI y el ascenso al trono de Carlos III hubo nuevos cambios en la política imperial. Aunque el nuevo monarca era partidario de una estrategia internacional más agresiva, las circunstancias lo obligaron a actuar enérgicamente en relación con sus colonias americanas. Esa política firme se hizo especialmente necesaria cuando La Habana y Manila cayeron en manos británicas en agosto de 1762. Así, apenas culminada la guerra de los Siete Años, Carlos III comenzó a tomar medidas para fortalecer la defensa de América a escala continental. De ellas nació el nuevo sistema borbónico en ultramar, que desplegó el servicio de milicias regladas sobre la población americana con una intensidad y extensión inéditas hasta el momento (Albi, 1987; Marchena Fernández, 1992; Kuethe, 2003).

Por aquel entonces la Gobernación de Buenos Aires era administrada por Pedro de Cevallos, que se inclinaba por conquistar Colonia y contener el avance portugués por las armas. Con el aval de la nueva política metropolitana, el gobernador comenzó a anticiparse a una guerra inminente, intensificando los preparativos para el enfrentamiento. Finalmente, en 1762, Cevallos bombardeó y asaltó los baluartes de Colonia desde el bloqueo del Real de San Carlos, conquistó la plaza y derrotó a la escuadra anglo-portuguesa que acudió en auxilio desde Río de Janeiro. Posteriormente, a inicios de 1763, arrebató a los portugueses los fuertes de Santa Teresa y San Miguel (Marchena Fernández, 2009: 72-74).² Tras la retirada, los lusitanos se establecieron en la banda norte del Río Grande, en el puesto de São José do Norte. Cevallos pensó en continuar la marcha hacia Viamont, Río Pardo y Río Grande, pero para entonces la guerra ya había terminado en Europa y debió acatar los términos del acuerdo de paz. Pese a la oposición del gobernador, Colonia fue devuelta a las autoridades portuguesas; sin embargo, su insistencia tuvo eco en Madrid y el resto de los territorios conquistados no se reintegraron a Portugal (Birolo, 2015: 89-90).

La presencia cada vez mayor de flotas inglesas en la desembocadura del Río de la Plata y la continuidad portuguesa en Colonia concienció a las autoridades españolas del peligro inminente que se corría: el estuario rioplatense

2. Ubicados al nordeste de Montevideo, en la región costera situada entre Punta del Diablo y la Barra del Chuy.

debía ser defendido desde Buenos Aires para asegurar la banda oriental.³ En consecuencia, se replanteó la situación y defensa de una serie de puntos neurálgicos: Buenos Aires, Colonia, Montevideo, Maldonado y Río Grande (Gil Munilla, 1949: 83, 108). Asimismo, el Río de la Plata continuó preparándose para la guerra, manteniendo una importante proporción de la población en el marco de alguna organización militar o miliciana. Paralelamente comenzaron a aplicarse las reformas, que debían propiciar una mejor organización militar en las Indias. En el caso de la Gobernación de Buenos Aires, la reforma miliciana fue aplicada desde 1764, de acuerdo con la Real Instrucción para la formación de Cuerpos de Milicias Provinciales, y su implementación estuvo a cargo del gobernador Cevallos. Los números arrojan resultados nada despreciables, cuando la población porteña rondaba los veinte mil habitantes: se estimaba que entre 8.500 y 9.000 hombres integrarían las distintas compañías de milicias de la gobernación, lo que fue un gran paso en la utilización de todo el personal disponible para la defensa local.⁴

No obstante, esta transformación no se dio en forma armónica y debió afrontar diversas resistencias. En primer término, contó con la oposición abierta del Cabildo de Buenos Aires, que mantuvo un tenso conflicto con Cevallos. Este enfrentamiento era el correlato del choque entre la concepción corporativa del Antiguo Régimen y la nueva política de alistamiento masivo impulsada por los Borbones, pues se disputaba el control sobre el grueso de los vecinos (devenidos en milicianos con fuero militar y exentos de la justicia ordinaria). En ese sentido, la resistencia de la élite porteña al proceso de militarización liderado por Cevallos se encuadra en la oposición que despertaba un funcionario militar que venía a recortar las amplias cuotas de poder que históricamente habían disfrutado. En segundo lugar, esta resistencia alcanzó a los sectores populares y se manifestó bajo la forma de numerosas deserciones y actos de insubordinación sistemáticos. La falta de acatamiento y respeto a las cadenas de mando militares refleja la negación a adaptarse a un orden jerárquico, fijo y vertical, en el marco de una sociedad rural profundamente móvil, libre en sus desplazamientos y poco disciplinada por las fuerzas del mercado, que contaba con numerosas alternativas de supervivencia, como el acceso directo a los medios de subsistencia y el usufructo de los pastos (Birolo, 2015: 97-125).

Todo parece indicar que el principio borbónico de alistamiento general tropezaba con las modalidades del servicio miliciano tradicional rioplatense. No obstante, Cevallos sostuvo que la solución estructural al problema era el envío de fuerzas veteranas desde la península ibérica, pues consideraba que la obediencia y subordinación de las milicias dependía fundamentalmente de la composición de sus mandos: algo repetidamente señalado por otros jefes militares en las décadas posteriores, pero que él anticipó sagazmente al comienzo del pro-

3. Con el término «banda oriental» se refiere al territorio ubicado al este del río Uruguay y al norte del Río de la Plata, cuyo límite estaba en disputa con la Corona portuguesa. Hasta 1813 dicho territorio fue parte de la Gobernación de Buenos Aires, con la excepción de Montevideo y su jurisdicción rural.

4. Según Beverina (1992: 272) fueron 8.571, aunque Birolo (2015: 97) lo cifra en 8.980.

ceso. Ante la escasez de tropas veteranas y la falta de recursos de la Corona para hacer frente a los gastos que esto implicaba, el gobernador continuó con la transformación de las milicias en disciplinadas a imitación de Cuba mientras se amparaba en sus alianzas locales con algunos sectores de la élite y, también, con algunos populares (Birolo, 2015: 129-131). El resto sería una tarea pendiente.

4. La ocupación portuguesa de Río Grande y las reformas de Vértiz

Pese a los intentos de llegar a un arreglo diplomático con Portugal, esa posibilidad sufrió un duro golpe ante una nueva ofensiva portuguesa en 1767. Esta se movió en varias avanzadas y fue ocupando posiciones españolas de forma progresiva. Finalmente, el 5 de junio se efectuó el ataque general portugués, que invadió la margen septentrional del Río Grande y penetró en las misiones jesuitas de Chiquitos, mientras continuaban fortificándose en las de Mojos (Gil Munilla, 1976: 122-123). De este modo, 500 soldados portugueses al mando del coronel Figueiredo ocuparon la banda norte de la Laguna de los Patos, que fue abandonada por el destacamento español que la protegía (Birolo, 2015: 169). Las negociaciones diplomáticas emprendidas tras el reclamo español finalmente fracasaron, con lo que las posiciones de ambas Coronas llegaron a un punto irreconciliable.

En ese contexto, en el Río de la Plata se aceleraron los preparativos para un nuevo enfrentamiento y para recuperar la plaza perdida, tarea encomendada a Juan José de Vértiz, que asumió la gobernación en 1770. Para cumplir con este propósito era primordial la reorganización y refuerzo de la dotación veterana de Buenos Aires. Así, en febrero de 1771 llegó a Montevideo un batallón de Voluntarios de Cataluña, al que un año después se sumaron los Dragones del Rey y de la Reina con varios destacamentos de infantería (Marchena Fernández, 2009: 24). Se estimaba que a comienzos de 1771 las tropas veteranas previstas en la Gobernación de Buenos Aires ascendían a 3.151 hombres, y la reorganización de estas unidades se dispuso también desde Madrid.⁵

Según indicó Julián de Arriaga a Vértiz, las fuerzas veteranas rioplatenses debían estar conformadas por un regimiento de Infantería, un regimiento de Dragones y una compañía de Artillería. Este nuevo regimiento de Infantería —denominado de Buenos Aires— debía ser formado con el personal de los batallones Antiguo y Moderno de Buenos Aires y el de las compañías del batallón de Santa Fé, con lo que se disolvían dichas unidades. Dado que faltaba personal para el completo, este sería tomado del regimiento de Infantería de Mallorca y del batallón de Voluntarios de Cataluña. El regimiento de Dragones, con una significativa falta de hombres, también debía ser completado con personal del regimiento de Infantería de Mallorca y del batallón de Voluntarios de Cataluña.⁶ La principal

5. Estado de la fuerza efectiva, Buenos Aires, 2/3/1771. AGN, IX-08-01-02.

6. Real Orden, 26/4/1771. AGN, IX-24-10-14.

novedad era que estos nuevos cuerpos eran *provinciales*, y sus efectivos ya no pertenecían al Ejército de España, sino al Ejército de Dotación de América.

En cumplimiento de lo dispuesto, Vértiz procedió a dar la nueva organización a las unidades, extinguiendo los batallones fijos indicados y formando los dos regimientos de Infantería y Dragones, además de la compañía de Artillería y las Asambleas de Infantería, Caballería y Dragones. No obstante, el gobernador advirtió que tras el recuento el número real de tropa efectiva era menor al previsto: apenas 1.167 individuos.⁷ Para compensar este descenso de tropa, el 2 de marzo de 1773 llegaron de España otros 160 hombres, que fueron distribuidos entre los nuevos cuerpos. Los restos del regimiento de Mallorca y del batallón de Voluntarios de Cataluña regresaron a la península ibérica con el personal no apto para el servicio que había sido reemplazado en los cuerpos destinados a Buenos Aires (Beverina, 1992: 201-202).

Tras atender la reforma de las fuerzas veteranas de la Gobernación, Vértiz llevó adelante —entre finales de 1771 e inicios de 1772— una reestructuración de las milicias provinciales, formando un nuevo plan para las mismas el 15 de marzo de 1772.⁸ El objetivo del gobernador era corregir al menos dos grandes fallas evidentes tras la ampliación del sistema en la década anterior. En primer lugar, el cuerpo de oficiales era deficiente e insuficiente, y carecía de preparación y condiciones socioeconómicas acordes al puesto (ocupaciones no prestigiosas). En segundo término, el Cuerpo de Caballería de Milicias no era realmente un regimiento, sino una serie de pequeñas unidades con carácter semiindependiente, la mitad de ellas sin un oficial veterano encargado de la dirección de su instrucción (Beverina, 1992: 276). Según expresó Vértiz a Alejandro O'Reilly:

Como las Milicias de Caballería de esta ciudad se componen de veinticuatro compañías, y son setenta y dos los oficiales correspondientes a ellas, con dificultad se pueden juntar los sujetos de la distinción y circunstancias que se requieren para servir estos empleos; porque aunque los haya en este vecindario los más viven de sus giros mercantiles, y en seguimiento de ellos se ausentan de aquí para las provincias de arriba.⁹

Con estas palabras, el gobernador señalaba lo extremadamente amplio y ambicioso del proyecto impulsado por Cevallos. Un regimiento provincial de caballería con 24 compañías y 1.200 efectivos (más ocho compañías de pardos con 400 efectivos, seis de indios guaraníes con 350 y seis más de indios ladinos con 300, lo que daba un total de 44 compañías y 2.250 efectivos) parecía ser demasiado peso para la gobernación y su población. Del mismo modo, esta ampliación sustancial de las milicias de caballería había llevado a *relajar* las exigencias de *calidad social* de los miembros de la oficialidad, a los que también se les debió conceder el fuero militar (Fradkin, 2013: 124-129). En ese sentido, la solución implementada por Vértiz para reorganizar este cuerpo fue darle la organización que tenían los regimientos del arma del ejército peninsular —12 com-

7. Carta de Juan José de Vértiz a Julián de Arriaga, Buenos Aires, 1/4/1772. AGN, IX-08-01-03.

8. Este Plan de Milicias no ha sido encontrado hasta la actualidad.

9. Carta de Juan José de Vértiz a Alejandro O'Reilly. Buenos Aires, 11/5/1771. AGN, IX-21-01-02.

pañías agrupadas en cuatro escuadrones—, con lo que extinguió la mitad de las compañías pero dobló el número de soldados, depuró el cuerpo de oficiales y extendió a los mismos el goce del fuero militar.¹⁰

Esta dificultad para reclutar sujetos socialmente idóneos para asumir la oficialidad de los cuerpos de milicias se debía principalmente a tres razones. La primera era la resistencia de un importante sector de la élite a colaborar en el despliegue de la política de alistamiento masivo que se buscaba implementar en la región, referida anteriormente. La segunda, la existencia de prácticas o estrategias aplicadas por los sectores de mayor prestigio o poder adquisitivo para eludir la convocatoria al servicio. La tercera, el faltante sistemático de tropas veteranas, de las que parecía depender el nivel de obediencia y subordinación de las milicias, cuyo servicio era hecho bajo negociación tanto por parte de la élite local como por los sectores subalternos. En todo caso, es claro que el principio borbónico de alistamiento general chocaba con las modalidades del servicio miliciano tradicional todavía vigente, que giraba en torno a un sistema de excepciones que tenía como principales beneficiarios a los miembros de las élites. En ese sentido, una práctica habitual era enviar personeros a modo de reemplazo, a los que vestían y pagaban el sueldo para que marcharan en su lugar durante la extensión de la campaña. La razón de fondo de este procedimiento radica en un móvil económico, pues para estos personajes era menos gravoso costear el desembolso que implicaba enviar a estos hombres (mayormente peones asalariados) en su lugar, que abandonar sus propios negocios, algo advertido por Vértiz a O'Reilly en el fragmento citado (Birolo, 2015: 127-131).

Consciente de esta situación y de que tampoco llegarían más refuerzos, la solución propuesta para reorganizar las milicias de caballería brindaba la ventaja de incorporar la mínima cantidad de oficiales manteniendo el número de tropa, aunque redistribuida esta en menos compañías, que pasarían a doblar su fuerza. Alejandro O'Reilly señalaba esta virtud al dar su conformidad: «[...] necesitando con esta incorporación solo 36 oficiales podrá V.S. preferir a las personas que por su calidad, y permanencia aseguren el mejor desempeño».¹¹ Nuevamente se resalta aquí la importancia de los factores calidad y permanencia en los futuros oficiales, pues se expone que con estas reformas se buscaba lograr una mejor instrucción y una mayor disciplina de los milicianos, en atención al escaso personal veterano.

Mientras tanto, pese a las permanentes protestas de las autoridades de Buenos Aires, las bandas luso-brasileñas continuaban con su lenta y metódica penetración en la región de Río Grande. Esto obligó al gobernador a enviar tropas a Misiones y reforzar la guarnición de Santa Teresa y de los puestos ubicados en la margen derecha del Río Grande, donde estableció gran parte de su fuerza veterana. Asimismo, envió informes a Madrid solicitando autorización para desalojar a los portugueses de la región y fortificar la localidad de Santa Tecla, punto de paso obligado para las correrías en territorio misionero (Beverina, 1977: 49).

10. Ídem.

11. Carta de Alejandro O'Reilly a Juan José de Vértiz. Madrid, 25/9/1771. AGN, IX-21-01-02.

Vértiz recibió el visto bueno para proteger los puntos fronterizos más amenazados y recuperar por la fuerza algunos de los territorios invadidos por los portugueses, es decir, la zona occidental del Río Grande de San Pedro: en la sierra de los Tapes, al sur del río Jacuá y al oeste de la Laguna de los Patos, donde se habían establecido decenas de estancias en territorios teóricamente castellanos. La autorización oficial llegó a finales de 1772.¹² Fue entonces cuando Vértiz se abocó a la organización de la expedición, que debió retrasarse varios meses a causa de factores climáticos.

5. Organización y composición de la expedición

Para entonces Vértiz ya contaba con valiosa información para organizar la expedición. Los datos que le fueron remitidos contabilizaban casi tres mil hombres en los puestos de San José del Norte, Viamont y Río Pardo (tablas 1, 2 y 3). De acuerdo con esta información, es posible realizar al menos tres observaciones. La primera es que los hombres de Vértiz se iban a enfrentar a una guarnición lusitana con una proporción bastante equilibrada entre milicias y fuerzas veteranas, que reflejan una composición similar, como se verá a continuación, a la que Vértiz podía movilizar. La segunda es que, en contraste con la información anterior, la distribución de las tropas lusitanas en el territorio era muy dispar. En San José del Norte se concentraba la mitad de la fuerza veterana, que representaba el 70% de la guarnición, mientras que en Río Pardo las milicias eran casi el 60% de la tropa; en Viamont, en cambio, la defensa dependía eminentemente de las milicias: más del 72% de la tropa. Por tanto, si Vértiz pensaba dirigirse a la frontera del Río Pardo y desalojar a los portugueses de dicho puesto, se enfrentaría a una guarnición conformada mayoritariamente por milicias, siempre y cuando los refuerzos de tropa veterana no llegaran a tiempo. Y, finalmente, el dato que probablemente más alertó al gobernador fue que las fuerzas que iba a encarar en Río Pardo eran superiores a las que había sido capaz de movilizar hasta el momento.

En ese sentido, de acuerdo con la información disponible, se conoce que Vértiz reunió a 1.014 hombres: en torno al 40% eran milicianos, y el 60% eran soldados veteranos. Sobre esta tropa, que efectivamente partió desde Montevideo, deberían descontarse las eventuales bajas producidas en el camino. Mientras tanto, en Río Pardo había más de 1.300 hombres sin desgaste alguno, situados en un territorio que conocían y dominaban, y con un riesgo de desertión mucho menor. Probablemente por esto Vértiz dirigió un oficio a Francisco Bruno de Zabala —gobernador de Misiones— solicitando el envío de 300 indios armados y una partida de 100 milicianos correntinos a la guardia del río Bacacay Mini, que debían unirse a su destacamento el 31 de noviembre de 1773.¹³ Sin embargo, estos hombres nunca llegaron a destino, pues fueron interceptados por los portugueses en el camino.

12. Real Orden, 14/12/1772. AGN, IX-24-10-13.

13. Juan José de Vértiz a Francisco Bruno de Zabala. Buenos Aires, 30/9/1773. AGN, IX-04-03-07.

Tabla 1. Fuerzas portuguesas por distribución de puestos, septiembre 1773.

Lugar	Tipo de cuerpo	Nombre del cuerpo	Compañías	Tropa
Banda del Norte	Infantería	Regimiento de Santa Catalina	4	416
	Infantería	Regimiento de Artillería	1	104
	Dragones	Regimiento de Río Grande	4	200
	Milicias	Milicias de a Caballo	1	100
	Milicias	Milicias de a Pie	2	200
			Total	1.020
Viamont	Infantería	Regimiento de Santa Catalina	1	104
	Dragones	Regimiento de Río Grande	1	50
	Milicias	De a Caballo	2	200
	Milicias	De a Pie	2	200
			Total	554
Río Pardo	Infantería	Regimiento de Santa Catalina	1	104
	Infantería	Regimiento de Artillería	1	104
	Infantería	Voluntarios antiguos	1	100
	Caballería	Dragones	4	200
	Caballería	Voluntarios Reales	1	60
	Milicias	De a Caballo	4	400
	Milicias	De a Pie	4	400
			Total	1.368
			Total general	2.942

Fuente: Elaboración propia a partir de AGN, IX-08-01-03.

Tabla 2. Distribución de fuerzas portuguesas (tropa veterana y miliciana).

Lugar	Tipo de tropas	Compañías	Tropa
Banda del Norte	Veteranas	9	720
	Milicias	3	300
Viamont	Veteranas	2	154
	Milicias	4	400
Río Pardo	Veteranas	8	568
	Milicias	8	800
	Total f. veteranas	19	1.442
	Total milicias	15	1.500
		Total	2.942

Fuente: Elaboración propia a partir de AGN, IX-08-01-03.

Tabla 3. Distribución de tropas portuguesas por puestos. Septiembre 1773.

Resumen	Banda del norte	Viamont	Río Pardo	Total	Total
Cuerpo	Compañías	Compañías	Compañías	Compañías	Tropa
Infantería	5	1	3	9	932
Caballería	4	1	5	10	510
Milicias a Caballo	1	2	4	7	700
Milicias a Pie	2	2	4	8	800
Total	12	6	16	34	2.942

Fuente: Elaboración propia a partir de AGN, IX-08-01-03.

Tabla 4. Composición de expediciones 1680-1773 (cantidad de hombres y porcentaje).

Expedición (año)	1680	1705	1735	1756	1773
Total tropa movilizada	3600	5030	4020	3590	1414
Tropa veterana	145 (4,02%)	374 (7,43%)	S/D	898 (25,01%)	574 (40,59%)
Milicias	455 (12,63%)	656 (13,04%)	S/D	1546 (43,06%)	540 (38,18%)
Guaraníes	3.000 (83,3%)	4.000 (79,52%)	3.000 (74,62%)	1.146 (31,92%)	300 (21,21%)
Ejército de Refuerzo	0 (0%)	0 (0%)	220 (5,47%)	0 (0%)	0 (0%)

Fuente: Los cálculos de porcentajes son propios a partir de Birolo, 2015: 79-81.

Resta realizar un breve análisis, a partir de los escasos datos disponibles, sobre la composición de la expedición que comandó Vértiz. En primer lugar, debe señalarse que para organizar esta campaña, pese a los refuerzos recibidos, el gobernador contó con un restringido número de tropas veteranas: 1.100 efectivos distribuidos entre el regimiento de Infantería, el de Dragones y el de Artillería (Fradkin, 2015: 92). En cambio, había una amplia disponibilidad de milicias alistadas en toda la gobernación: casi siete mil quinientos hombres (Beverina, 1992: 415). En cuanto a las tropas veteranas, se movilizaron las guarniciones de Buenos Aires, Montevideo, el bloqueo de Colonia y Río Grande; entre las milicias consta que, además de las fuerzas porteñas, fueron movilizadas las compañías de Santa Fe y Corrientes, como había sido habitual en este tipo de campañas. De todos estos cuerpos, como ya se ha señalado, Vértiz movilizó un total de 1.414 hombres: 574 soldados veteranos y 540 milicianos (incluidos los 100 correntinos).

Con respecto a los indios guaraníes, su participación era la más baja registrada hasta el momento: solo 300 efectivos, que además no llegaron a unirse a la expedición, es decir, poco más del 20% de la tropa. Estos datos toman relevancia en contraste con las expediciones anteriores (tabla 4). De este modo, se hace evidente no solo el declive en la participación de las milicias guaraníes (principal fuerza de choque en 1680, 1705 y 1735) después de la guerra Guaranítica y la expulsión de la Compañía de Jesús, sino también el impacto del proceso de

militarización desarrollado desde el Gobierno de Cevallos, que llevó la aportación de las milicias rioplatenses en torno al 40% de las tropas movilizadas en 1764 y 1773.

La correlación es evidente: ante la imposibilidad de enviar los refuerzos necesarios desde la metrópoli, y el incontenible desplome en la participación guaraní, era prácticamente imposible hacer la guerra en el Río de la Plata sin apelar masivamente a las milicias locales. Es decir, un servicio realizado bajo negociación y caracterizado por las permanentes fricciones, en muchos casos bajo el mando de personal poco competente, y uno de los focos principales de las contradicciones y tensiones abiertas entre el modelo de sociedad corporativa propio del Antiguo Régimen y la política de reforma de los Borbones, abiertamente centralizadora. Las reformas aplicadas por Vértiz se vuelven especialmente significativas en este contexto, donde se buscaba una alternativa eficiente a la tradicional formación de milicias auxiliares integradas por grupos indígenas movilizadas a larga distancia, que se apoyaba en la capacidad de organización de los jesuitas (Fradkin, 2009: 29).

Más allá de algunos datos y apreciaciones dispersas, aún no es posible establecer con exactitud la participación de cada cuerpo sobre el total de la expedición, ni tampoco el origen de los 440 milicianos que la conformaron. En principio, todo indica que estos provenían de las milicias de Santa Fe y Corrientes, además de la compañía de Granaderos de Buenos Aires. Probablemente también participó el regimiento de Dragones Provinciales, creado por Cevallos. Pero todavía no se ha podido esclarecer con detalle cuántos hombres se aportaron en cada caso, salvo los 100 milicianos correntinos (no contabilizados dentro de esos 440), que fueron interceptados por los portugueses.

No obstante, es posible hacer algunas observaciones en esta dirección gracias a la información que arrojan los Pie de Lista del regimiento de Dragones de Buenos Aires. En ese sentido, se ha podido establecer que a finales de 1773 este cuerpo contaba con más de quinientas plazas distribuidas en 12 compañías. Por tanto, representaba el 47% de la tropa veterana disponible (1.100 hombres), lo que le atribuía un carácter representativo alto. Estas compañías estaban distribuidas entre Buenos Aires, Montevideo, Maldonado, Río Grande, el bloqueo de Colonia y el Real San Carlos (tabla 5). Se advierte rápidamente su mayor concentración —en número de plazas y cantidad de compañías— en Río Grande, lo cual confirma que Vértiz apostó allí el grueso de sus efectivos veteranos (tabla 6). Según estos datos, el grueso del regimiento (41,77%) estaba en Río Grande, y de aquellas compañías provenía el 43,5% de los dragones que fueron a la expedición. Las compañías de Buenos Aires aportaron el 34,4%; las de Montevideo, el 11,5%; y las de Maldonado, el 10,7%. Del mismo modo, es posible señalar que, de los 547 soldados veteranos movilizadas por Vértiz, al menos 130 eran dragones y representaban el 22,82%, mientras que al total de las tropas de la operación aportaban casi el 13%. La falta de datos similares para los otros regimientos impide la comparación entre cuerpos, pero el hecho de que los dragones estén aportando una cuarta parte de las tropas de la expedición es muy relevante.

Tabla 5. Regimiento de Dragones de Buenos Aires.
Composición según Listas de Revista (finales de 1773).

Compañía	Febrer Bs. As.	Marín Montevideo	Infante Maldonado	Zabala Río Grande	Piexa R. San Carlos	Bocanegra Río Grande	Quintana Río Grande	Moxote Bs. As.	Bourgeois Río Grande	Tarufa Río Grande	Somalo Bs. As.	Arco R. San Carlos	Total
Plazas	43	43	43	43	43	43	43	43	44	43	43	43	517
En la expedición	17	15	14	14	0	12	0	13	15	16	15	0	131
Otros destinos	19	19	22	7	21	6	14	25	6	6	19	17	181
En el puesto	7	9	7	22	22	25	30	5	23	21	9	26	206

Fuente: Elaboración propia a partir de AGN, XIII-22-6-5.

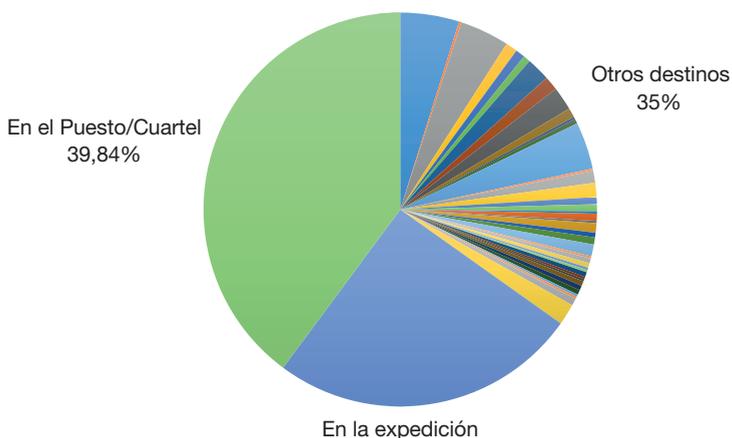
Tabla 6. Participación del Regimiento de Dragones de Buenos Aires de 1773 en la expedición.

Lugar	Bs.As.	Montevideo	Maldonado	Río Grande	R. San Carlos
Compañías	3	1	1	4	2
Plazas	129	43	43	216	86
En la expedición	45	15	14	57	0
Otros destinos	63	19	22	39	38
En el Puesto	21	9	7	121	48
% Participación	34,4	11,5	10,7	43,5	0,0

Fuente: Elaboración propia a partir de AGN, XIII-22-6-5.

Finalmente, es posible realizar apreciaciones sobre el impacto de esta movilización sobre un cuerpo que, siendo provincial, tenía sus tropas dispersas en distintos puntos de la gobernación. La tabla 5 refleja que el 25% de los dragones de Buenos Aires se movilizó bajo las órdenes de Vértiz, mientras que casi el 40% continuó guarneciendo los puestos donde estaban destacados, y el 35% restante se distribuía en 40 puntos diferentes (gráfico 1). Ante la enorme cantidad de puestos que este cuerpo debía custodiar, el impacto de esta expedición resulta bastante elevado; especialmente considerando que los cuarteles de estas compañías, situados en puntos críticos de la gobernación, estaban funcionando con menos de la mitad de la tropa prevista. La importancia que Vértiz dio a esta campaña resulta evidente, pues movilizó todos los recursos que pudo, tanto económicos como humanos.

Gráfico 1. Distribución del regimiento de Dragones de Buenos Aires (octubre de 1773).



Fuente: Elaboración propia a partir de AGN, XIII-22-6-5.

Precisamente, en cuanto a los recursos económicos, el gobernador tuvo que enfrentar un grave dilema poco antes de partir la expedición, cuando en julio de 1773 el virrey Amat le informó de que quedaba suspendido el envío de las remesas de situados de La Paz, Oruro y Chucuito. Según las disposiciones limpias, se mantendría únicamente la suma de 350.000 pesos procedentes de la Real Caja de Potosí, junto con los 100.000 pesos que generaban anualmente las cajas de Buenos Aires y Paraguay.¹⁴ Esta medida refleja la pesada carga que para el erario peruano representaban los gastos militares —insuficientes en relación con las necesidades de la seguridad americana, pero cada vez más excesivos para la capacidad fiscal de Lima—, dentro de los cuales los situados rioplatenses eran la principal sangría (Céspedes del Castillo, 1947: 132-133).

Lo cierto es que los presupuestos de Buenos Aires, ya de por sí onerosos, eran cada vez más altos. Concretamente, el que fue elevado a Lima por la Real Contaduría de Buenos Aires en agosto de 1773 contemplaba una suma que era un 656% más alta que la habitual hasta 1761, 852.799 pesos.¹⁵ Debe considerarse que hasta 1761 el situado enviado desde Potosí nunca excedió los 130.000 pesos anuales. Pero en 1767 las crecientes necesidades militares obligaron a destinar a ese fin el producto líquido de las cajas de Potosí, Oruro y La Paz (las tres más ricas del virreinato), a las que se agregó la de Chucuito en 1770. Quedaba de este modo previsto un mínimo de 700.000 pesos con destino al situado de Buenos Aires (Céspedes del Castillo, 1947: 133). Esto es otra muestra no solo de las dimensiones del aparato militar que Cevallos había proyectado para la región, que demandaba una enorme proporción de recursos a las cajas más importantes del Alto Perú, sino también de la necesidad de que el Río de la Plata contara con recursos fiscales propios.

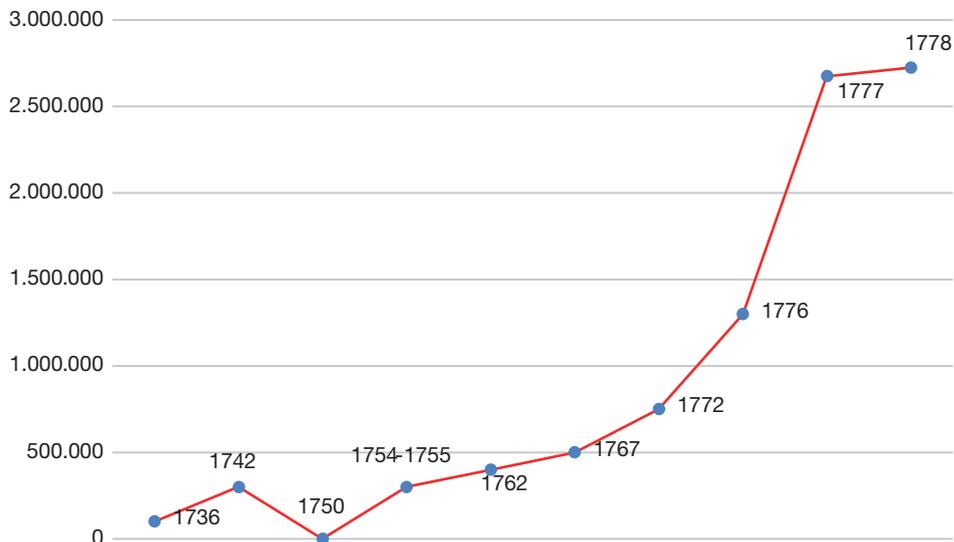
La remisión de estos fondos fue un factor clave a la hora de contener la presión anglo-lusitana, y el aumento exponencial del situado remitido a Buenos Aires evidencia una clara relación con el desarrollo de los conflictos bélicos en la región. Como refleja el gráfico 2, en 1736 llegó una partida de 100.000 pesos para financiar el desalojo de Colonia; en 1742 fue remitida una remesa de 300.000 pesos para la guerra en la banda oriental; un incremento similar se produjo en 1754-1755, coincidiendo con la guerra Guaranítica. No obstante, entre 1746 y 1750 se observa una caída abrupta que responde a la política neutral de Fernando VI. En 1762, tras el ascenso de Carlos III al trono se remitieron casi 400.000 pesos, que financiaron la toma de Colonia, mientras que para 1767 la suma ya había superado los 500.000 pesos. Los años 1772-1773 reflejan el pico máximo alcanzado hasta el momento (en torno a los 750.000 pesos), coincidiendo no solo con la expedición analizada, sino también con la reforma militar aplicada por Vértiz. Finalmente, entre 1776 y 1778 las cifras se dispararon meteóricamente, coincidiendo con la creación del Virreinato y la llegada de la armada comandada por Cevallos: casi 1.229.825 pesos en 1776, 2.674.084 en 1777 y 2.724.971 en 1778 (Cuesta, 2009: 45-46; Wasserman, 2017: 91; 2018: 4). En ese sentido,

14. Carta del virrey Amat a Juan José de Vértiz. Lima, 9/7/1773. AGN, IX-08-01-03.

15. «Presupuesto General que forma la Contaduría Mayor de Cuentas y la de Real Hacienda de Buenos Aires». Buenos Aires, 9/8/1773. AGN, IX-08-01-03.

el Real Situado constituye un auténtico observatorio de las oscilaciones fiscales ante las alternancias bélicas e institucionales afrontadas en Buenos Aires (Wasserman, 2017: 86).

Gráfico 2. Remesas de situados, 1736-1778.



Fuente: Elaboración propia a partir de Cuesta (2009: 45-47) y Wasserman (2017; 2018: 86-89).

Este incremento exponencial es doblemente significativo, al considerar que además de cuantitativo era también proporcional. El protagonismo del Real Situado en el cargo total de la Real Caja de Buenos Aires fue tal que entre 1766 y 1784 promedió el 55% de los ingresos totales a la misma. Es especialmente relevante que tanto a comienzos como a finales de la década de 1770 su participación se acercara al 80% y que nunca estuviera por debajo del 60% durante esos diez años (Wasserman, 2018: 1-4). Asimismo, estos datos corresponden al período de máximo crecimiento de los ingresos por situados. En ese sentido, el Real Situado comenzó a incrementarse a partir de la década de 1760, iniciando una escalada ascendente que superó los 300.000 pesos en 1762 y los 500.000 anuales en 1766, y alcanzó su pico máximo en 1778. Para 1781 sus valores todavía estaban en torno al millón y medio de pesos; en 1784 continuaba por encima del millón, y no quedó por debajo de esa cifra hasta 1787 (Cuesta, 2009: 46). La coincidencia con la aplicación de la reforma militar y la creación del nuevo virreinato rioplatense permite afirmar que el Real Situado fue el que eminentemente financió el oneroso sistema defensivo del Litoral, gracias a la fabulosa transferencia de recursos fiscales que llegaron, principalmente de Potosí, a las cajas de Buenos Aires (Gelman y Moraes, 2014: 72). Fueron estos desembolsos los que en gran medida posibilitaron el desarrollo económico y político de Buenos Aires, al garantizar su defensa y pervivencia en el mapa impe-

rial, volviendo así plausible y viable el Virreinato del Río de la Plata (Wasserman, 2017: 85).

Lo cierto es que en 1773 Vértiz estaba incómodamente sorprendido ante la resolución de suspender el envío de dichas remesas, con las que contaba para financiar los gastos militares que afrontaba en plena movilización de tropas.¹⁶ Sostenía que cubrir las necesidades de Buenos Aires era fundamental y pedía no solo que se revocara lo decidido, sino también el envío de caudales más abundantes. Asimismo, advirtió a Arriaga que:

[...] veré frustradas todas las diligencias y empeños, con que para satisfacer a mi deseo de ahorrar cuanto sea posible a la Real Hacienda he vencido las dificultades, que se presentaron para poner en planta el ventajoso establecimiento de que la tropa tomase [...] un peso cada mes, como compensativo de la ración que antes se le suministraba en bizcocho, carne, sal, ají, tabaco y leña, a cuyo perjudicial dispendio habremos de volver si hubiere alguno que tome a su cargo la provisión de estos víveres a que nadie juzgo se allanará, sabiendo que no hay aun para dar el prest a la tropa.¹⁷

Es clara la preocupación de Vértiz ante el riesgo de no poder cumplir con el pago del *prest*¹⁸ a las tropas, cuando la salida de la expedición era inminente. También le perturbaba la posibilidad de verse obligado a entregar las habituales raciones a modo de pago, ante la dificultad de encontrar a quien estuviera dispuesto a servir las cuando la gobernación no tenía los medios económicos para responder. Finalmente, es muy probable que detrás de esta medida Vértiz escondiera una estrategia para evitar la desertión en la campaña, reservándose la posibilidad de pagar al final de la expedición y garantizar así la permanencia de las tropas hasta el final. Uno de los grandes defensores de esta práctica había sido Cevallos, que experimentó la merma de sus tropas en la campaña de Colonia de 1763 (Birolo, 2015: 115).

Lo antedicho muestra que Vértiz había implementado otra reforma (sobre el modo de pago a las tropas), la cual, según él, generaba un importante ahorro a la Real Hacienda, dadas las crecidas sumas que implicaba al erario el suministro de las raciones.¹⁹ No obstante, es claro que desde Lima no opinaban lo mismo, pues hacia allí derivaba el peso de esos pagos. El problema quedó en manos de las autoridades centrales, que resolvieron la situación en favor de Buenos Aires al decidir el cese en la disminución del situado y establecerlo en 600.000 pesos anuales, a los que se añadían 100.000 pesos destinados a las obras de fortificación de Montevideo. Estos fondos vendrían de las cajas de Potosí, La Paz, Oruro, Chucuito, Cochabamba y La Plata, además de las de Buenos Aires y Paraguay (Céspedes del Castillo, 1947: 134).

Esto significaba el paso previo a la consolidación, al menos en cuanto a los recursos económicos, del aparato defensivo que Cevallos intentó poner en mar-

16. Respuesta de Juan José de Vértiz al virrey Amat (copia). Buenos Aires, 16/9/1773. AGN, IX-08-01-03.

17. Carta de Juan José de Vértiz a Julián de Arriaga, Buenos Aires, 28/9/1773. AGN, IX-08-01-03.

18. Parte del haber del soldado, percibido en metálico.

19. *Ibidem*, 26/4/1774.

cha en el Río de la Plata. Sin la afluencia de metálico era imposible sostener un proyecto de militarización de tal magnitud sobre una sociedad en la que escaseaban los medios coercitivos y abundaban los medios de supervivencia al margen del Estado. Pero para cuando estas novedades llegaron a Vértiz, la expedición a la frontera de Río Grande ya había concluido.

6. Conclusiones

Realizar un análisis de las operaciones desarrolladas durante los meses que duró esta campaña, poco estudiadas en profundidad, es un tema para investigar en sí mismo. No obstante, es posible apreciar que la expedición de 1773, independientemente de su desarrollo, resultados y alcances, era una clara muestra de la política de Carlos III para la región. En ese sentido, que tres años más tarde partiera desde la península ibérica una expedición como la que comandó Cevallos en 1776 y que paralelamente se creara un virreinato autónomo prueba que las autoridades peninsulares habían puesto su atención sobre ciertas cuestiones fundamentales: la escasez de tropas veteranas, la desigualdad numérica con respecto a las guarniciones luso-brasileñas, la importancia de que Buenos Aires contara con recursos económicos propios, la necesidad de que las autoridades locales tuvieran un mayor margen de acción para tomar decisiones rápidas en momentos críticos, etc.

Asimismo, se ha visibilizado que el principio borbónico de militarización mediante el alistamiento masivo en las milicias penetraba de lleno en la sociedad rioplatense en el marco de estas operaciones militares, lo cual aumentaba exponencialmente los costos económicos y sociales de una estructura de las dimensiones que Cevallos había proyectado, que no podía sostenerse únicamente con los recursos fiscales locales. Eso explica las disputas con las autoridades limeñas, pues Buenos Aires demandaba una proporción cada vez mayor de los recursos de sus cajas, situación que alcanzó uno de sus momentos de máxima tensión poco antes de que partiera la expedición en 1773. Del mismo modo, estas tiranteces reflejan la incapacidad del virrey peruano de ocuparse de todo el territorio sobre el que tenía competencia, y exponen la contradicción existente entre las necesidades defensivas y el modo de organización política aún vigente. Prueba de esta situación es el importante margen de autonomía de las autoridades bonaerenses con respecto a la capital virreinal durante el siglo XVIII, que aumentó a medida que se configuraron las condiciones para la creación de un nuevo virreinato que incluyera al Alto Perú, y sus cajas, en su jurisdicción.

En ese sentido, la creación del Virreinato del Río de la Plata representa el corolario en la organización política de una reforma institucional muy amplia que también se veía reflejada en el ámbito militar y fiscal. Las medidas implementadas para la conservación de la región fueron las que consolidaron el eje defensivo Buenos Aires — Montevideo como un enclave estratégico en la segunda mitad del siglo XVIII. De igual modo, la misma tuvo una relación mucho más directa con los conflictos fronterizos con los portugueses, que fueron los que realmente marcaron el ritmo de la expansión inicial del dispositivo militar rioplatense, tal como ocurre con su evidente correlación fiscal.

Muchas de las medidas tomadas por Vértiz buscaban hacer un mejor uso y administración de este nuevo aparato militar en constante reforma y construcción, y propiciar el aprovechamiento más eficaz de los recursos disponibles. En ese sentido, se observa que a mediados del siglo XVIII en el Río de la Plata no había forma de hacer la guerra sin contar con las milicias locales, lo que provoca que el declive de las partidas guaraníes sea todavía más significativo, pues entre otras cosas potenció los costos del sistema defensivo rioplatense; sobre todo si se tiene en cuenta que estas milicias no cobraban el prest y combatían haciendo uso de sus propias tropillas de caballos. Su ausencia no solo implicó la pérdida de estos recursos humanos en gran parte gratuitos para la Administración local, sino que también abrió un problema que excede los alcances de este artículo, pero resulta clave para la comprensión de todo este complejo entramado: la provisión de caballos para el ejército (Fradkin, 2012).

No obstante, implementar el principio de alistamiento masivo sobre el conjunto de la población civil no era tarea sencilla, y los funcionarios que asumieron la empresa tuvieron que enfrentarse a enormes dificultades. Además de que estos escollos se proyectaban sobre una frontera de dimensiones tan vastas que era imposible atenderla en su totalidad. En ese sentido, es muy enriquecedor observar cómo estos hombres organizaban la defensa de una región tan extensa sin apenas recibir refuerzos o auxilios de la metrópoli, y apañándose con los recursos humanos, económicos y materiales locales. Esto generaba una enorme presión sobre la sociedad de la región, al tiempo que forzaba a realizar múltiples reajustes y adaptaciones de lo planificado en Madrid a la realidad rioplatense.

A pesar de estas y otras dificultades, se observa que en mayor o menor medida los agentes locales se volcaban en estas campañas y operaciones cada vez menos espaciadas en el tiempo. Esto demuestra que Buenos Aires ya había atravesado distintas coyunturas de movilización desde mucho antes de las invasiones inglesas y el estallido revolucionario, sin generar cuestionamientos al régimen establecido. A la luz de esos episodios de militarización, el proceso se presenta mucho más complejo y discontinuo, y muestra a las autoridades locales enfrentando sucesivamente los mismos problemas. No obstante, también se ha apreciado la aparición de signos de resistencia en la población local ante la implementación de las medidas de reforma y el principio de alistamiento masivo, que chocaban con las modalidades del servicio miliciano tradicional y con los fundamentos de una sociedad corporativa y estamental que lenta pero progresivamente entraba en un proceso de disolución. Esto se debe a que, como ha señalado Raúl Fradkin, en la segunda mitad del siglo XVIII los ejércitos del rey seguían siendo ejércitos del Antiguo Régimen, con toda la heterogeneidad de cuerpos y estatutos que les eran inherentes. La instauración del sistema de milicias disciplinadas — pese a sus intentos por lograr una mayor eficacia y centralización — obtuvo resultados extremadamente dispares y en su conjunto no cambió este panorama; al menos no del modo en que estaba previsto. En consecuencia, siguieron existiendo diversas formas de organización miliciana tradicional junto con las nuevas unidades disciplinadas. Coexistencia que refleja no solo los límites de la reforma, sino también la impronta de las tradiciones militares co-

loniales, en el marco de un proceso complejo que adaptaba prácticas y usos arraigados mientras simultáneamente introducía innovaciones (Fradkin, 2009).

Si bien es cierto que el absolutismo no se consolidó en contra de la sociedad estamental, sino junto y gracias a esta, dicho proceso generó una serie de tensiones visibles a lo largo del siglo XVIII; sobre todo porque una auténtica modernización del aparato estatal requería poner límites a las instituciones del Antiguo Régimen. Esas fricciones eran resultado de la imposibilidad de prescindir de las mismas para aplicar las reformas fiscales y militares consideradas necesarias. Por lo tanto, «fueron las necesidades fiscales y militares de la monarquía española en la segunda mitad del siglo XVIII las que llevaron a los ministros de los Borbones a introducir un número excepcional de unidades milicianas en los territorios americanos», lo que permitió incrementar las fuerzas defensivas de las colonias sin hacer lo mismo con los gastos (Morelli, 2009: 425). Las reformas implementadas por Cevallos y Vértiz son especialmente representativas de ese proceso, así como de las fricciones y dificultades que implicó. Además de cargar con la responsabilidad de materializar cambios tan profundos en un territorio que percibieron permanentemente amenazado y carente de los medios necesarios para garantizar su defensa, funcionarios como ellos tuvieron que buscar e implementar distintos modos de equilibrar las necesidades imperiales, las posibilidades locales y las contradicciones suscitadas por un proceso de cambio altamente complejo. Lejos de desplegar una versión degradada o corrompida del modelo militar deseado, buscaron siempre hacer la mejor aplicación posible del mismo. Los resultados, en general, fueron distintos a lo deseado. Pero fueron los posibles.

Bibliografía

- ALBI, Julio (1987). *La defensa de las Indias (1764-1799)*. Madrid: Instituto de Cooperación Iberoamericana / Ediciones Cultura Hispánica.
- Archivo General de la Nación (1941). *Campaña del Brasil: antecedentes coloniales*, tomo III. Buenos Aires: G. Kraft.
- AZARA, Félix de (1809). «Carte generale du Paraguay et de la province de Buenos-Ayres», *Voyages dans l’Amérique meridionale*. París: Dentu, Imprimeur-Libraire.
- BEVERINA, Juan (1992). *El Virreinato de las Provincias del Río de la Plata. Su organización militar*. Buenos Aires: Círculo Militar Argentino, 2.º ed.
- BEVERINA, Juan (1977). *La expedición de D. Pedro de Cevallos en 1776-1777*. Buenos Aires: Rioplatense.
- BIROLO, Pablo (2015). *Militarización y política en el Río de la Plata colonial. Cevallos y las campañas militares contra los portugueses, 1756-1778*. Buenos Aires: Prometeo.
- CÉSPEDES DEL CASTILLO, Guillermo (1947). *Lima y Buenos Aires. Repercusiones económicas y políticas de la creación del Virreinato del Plata*. Sevilla: Consejo Superior de Investigaciones Científicas / Escuela de Estudios Hispanoamericanos de Sevilla.
- CUESTA, Eduardo (2009). «Impuestos imperiales: la Caja Real de Buenos Aires (1700-1800)». *Temas de Historia Argentina y Americana*, 14, págs. 27-56.
- FRADKIN, Raúl (2009). «Tradiciones militares coloniales. El Río de la Plata antes de la revolución». En: HEINZ, Flavio (comp.). *Experiências nacionais, temas transversais: subsídios para uma história comparada da América Latina*. São Leopoldo: Oikos, págs. 74-126.

- FRADKIN, Raúl (2012). «Guerra y sociedad en el litoral rioplatense en la primera mitad del siglo XIX». En: GARAVAGLIA, Juan Carlos; PRORUIZ, Juan y ZIMMERMAN, Eduardo (eds.). *Las fuerzas de guerra en la construcción del Estado. América Latina, siglo XIX*. Rosario: Prohistoria, págs. 319-356.
- FRADKIN, Raúl (2013). «Las milicias de caballería de Buenos Aires, 1752-1805». *Fronteras de la Historia*, vol. 19, núm. 1, págs. 124-160.
- FRADKIN, Raúl (2015). «Las milicias rurales rioplatenses a fines de la época colonial». En: BARRAL, María Elena y SILVERA, Marco Antonio (coords.). *Historia, poder e instituciones: diálogos entre Brasil y Argentina*. Rosario: Prohistoria, págs. 97-121.
- GELMAN, Jorge y MORAES, M. Inés (2014). «Las reformas borbónicas y las economías rioplatenses: cambio y continuidad». En: GELMAN, Jorge; MARICHAL, Carlos y LLOPIS, Enrique (coords.). *Iberoamérica y España antes de las independencias, 1700-1820. Crecimiento, reformas y crisis*. Ciudad de México: Instituto Mora / El Colegio de México, págs. 31-74.
- GIL MUNILLA, Antonio (1949). *El Río de la Plata en la política internacional. Génesis del virreinato*. Sevilla: Escuela de Estudios Hispano-Americanos de Sevilla.
- HALPERIN DONGHI, Tulio (1968). «Revolutionary militarization in Buenos Aires, 1806-1815». *Past & Present*, 40, págs. 84-107.
- KUETHE, Allan (2003). «Las milicias disciplinadas en América». En: KUETHE, Allan y MARCHENA FERNÁNDEZ, Juan (eds.). *Soldados del Rey. El ejército borbónico en América colonial en vísperas de la Independencia*. Castelló de la Plana: Universitat Jaume I, págs. 101-126.
- MARCHENA FERNÁNDEZ, Juan (1992). *Ejército y milicias en el mundo colonial americano*. Madrid: Mapfre.
- MARCHENA FERNÁNDEZ, Juan (2009). «“De Espanha, nem bom vento nem bom casamento”. La guerra como determinante de las difíciles relaciones entre las dos Coronas ibéricas en la península y en América, 1640-1808». *Anais de Historia de Alem-Mar*, núm. 10, págs. 31-114.
- MORELLI, Federica (2009). «¿Disciplinadas o republicanas? El modelo ilustrado de milicias». En: RUIZ IBÁÑEZ, José Javier (coord.). *Las milicias del rey de España. Sociedad, política e identidad en las Monarquías Ibéricas*. Madrid: Fondo de Cultura Económica / Red Columnaria, págs. 417-436.
- QUARLERI, Lia (2018). *Rebelión y guerra en las fronteras del Plata: guaraníes, jesuitas e imperios coloniales*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- RICO BODELÓN, Óscar (2013). *La ocupación española de Santa Catarina (1777-1778). Una isla brasileña para Carlos III*. Salamanca: Universidad de Salamanca.
- WASSERMAN, Martín (2017). «Recursos fiscales para administrar el imperio. La gestión de los ingresos al ramo de Situados de Buenos Aires, 1766-1784». *Estudios del ISHIR*, 7(19), págs. 82-115.
- WASSERMAN, Martín (2018). «Erogaciones fiscales, suministros militares y deudas. La distribución de los fondos del Real Situado en Buenos Aires entre 1766 y 1772». *Anuario del Instituto de Historia Argentina*, vol. 18, núm. 2, e075.

Fecha de recepción: 19 de abril de 2020

Fecha de aceptación: 7 de julio de 2020

Fecha de publicación: 18 de diciembre de 2020